

Revista del
Centro Dermatológico Pascua

Volumen **11**
Volume

Número **2**
Number




Mayo-Agosto **2002**
May-August

Artículo:




**En el centenario del nacimiento del
Prof. Fernando Latapí. (1902-2002)**

Derechos reservados, Copyright © 2002:
Centro Dermatológico Pascua

**Otras secciones de
este sitio:**

-  **Índice de este número**
-  **Más revistas**
-  **Búsqueda**

***Others sections in
this web site:***

-  ***Contents of this number***
-  ***More journals***
-  ***Search***

En el centenario del nacimiento del Prof. Fernando Latapí. (1902-2002)

Obdulia Rodríguez



Fernando Latapí (1902-1989), nació en la ciudad de México el 11 de octubre de 1902, fue el hijo mayor de Don Fernando Latapí Rangel y de Doña Pilar Contreras Scheleski, tuvo 3 hermanos, Pilar, Víctor y Alberto, el único que sobrevive. Al maestro lo bautizaron el 4 de noviembre de ese mismo año y le impusieron los nombres de José Diódoro Fernando; recibió la primera comunión el 12 de junio de 1912.

Su abuelo paterno era originario de Pau en el sur de Francia, (existe allí una calle que lleva el nombre de Latapí, no se sabe en honor de quien) y la familia de Doña Pilar era oriunda de Tlacotalpan, Ver. Su padre fué una persona muy culta, con una gran personalidad, tenía dos jugueterías "El Coliseo" y "El Globo" ubicadas en 16 de septiembre.

A Doña Pilar tuvo el privilegio de conocerla, aunque no de tratarla con frecuencia, era una persona encantadora, piadosa, muy dulce, muy educada, era toda una dama, el maestro se parecía mucho a ella físicamente.

La familia Latapí vivió durante muchos años en la colonia Santa María la Ribera, en aquel tiempo una de las zonas residenciales de la ciudad de México. En 1946

había en la calle de Monterrey, casi en la esquina con Colima, un grupo de casas muy simpáticas, una de ellas la ocupaba la mamá del maestro, él tenía su domicilio en la calle de Zacatecas.

La nana del maestro Carmen Alfaro, a quien también tuvo la oportunidad de conocer, porque vivió con Doña Pilar hasta la muerte de ésta, me comentó en una ocasión que cuando era niño "el doctor era muy tierno, muy cariñoso con su mamá", que le gustaban mucho las flores y que tenía un perro que se llamaba "Tu Tú" y que "era tan bueno y tan educado", que cuando el perro le cerraba el paso le decía: "con tu permiso Tu Tú".

Cursó la instrucción primaria y los primeros años de preparatoria en el Instituto Franco Inglés y los últimos en la Nacional Preparatoria de la Universidad Nacional, en donde estudió también la carrera de medicina y los días 10 y 11 de agosto de 1928, presentó su examen profesional, con la tesis titulada "La Atropina intravenosa y el Ortostatismo en la determinación del tono Neurovegetativo".

Entre las dedicatorias de su tesis figura una que a la letra dice: "A la que vino a iluminar mi vida" refiriéndose a la que fue su primera esposa la Srita. Esperanza Nieto, con la que contrajo matrimonio en 1934, falleció en forma trágica en 1937, al dar a luz a una niña que también murió. Había sido atendida por el mejor Ginecólogo de aquella época, pero inexplicablemente no la midió y en el momento del parto hubo necesidad de apli-

car fórceps, con la mala fortuna de que éste provocó un desgarro uterino, una hemorragia masiva y la muerte de la señora en la misma sala de operaciones, la niña vivió sólo unas cuantas horas.

Cuatro años después casó con la Srita. Clemencia Espinoza, la conoció en 1937 ó 1938, ella trabajaba en la Oficina de la Campaña contra la Lepra y una mañana, contaba el maestro, se acercó a donde él estaba y le dijo: "doctor, me llamo Clemencia". Fue hasta su muerte no sólo su compañera inseparable, sino su más eficaz colaboradora, él era reflexivo, perfeccionista, no era un hombre de acción, pero ella supo impulsarlo, fue indudablemente su mayor incentivo. Se afirma que siempre detrás de un gran hombre existe una gran mujer, ella lo fue para él.

La Dermatología no era la rama de la medicina que realmente le interesaba, a pesar de que su tío Eugenio era dermatólogo. Ejerció al principio como médico general y decidió dedicarse a la especialidad debido que era la única que había vacante en una clínica formada por varios médicos y para adquirir la preparación necesaria, acudió a la Cátedra y al Servicio de Dermatología del Hospital General, los dos a cargo del Dr. Salvador González Herrejón al que consideró su maestro.

Más tarde en 1931, lo nombraron dermatólogo del consultorio No. 5 de la beneficencia pública en donde trabajó hasta 1936 y durante 10 años (1934-1944), en la Policlínica Escolar, en ambos atendió durante muchos años, según sus propias palabras, la dermatología "de todos los días" y fue allí donde adquirió gran parte de su experiencia.

Se inscribió a la oposición para ocupar la plaza de Jefe de Servicio del Pabellón para enfermos de lepra del Hospital General, pero se "entretuvo" en la primera ficha: "La Lepra según Lucio" y no acudió al examen, lo que fue providencial ya que le permitió presentar y ganar más tarde la de Adjunto del Pabellón de Dermatología de ese mismo hospital y en 1947, al renunciar el Prof. González Herrejón, quedó como Jefe de ese Servicio, cargo que desempeñó hasta 1974, en que por razones reglamentarias se le promovió a la categoría de Consultor.

A mediados de 1936 González Urueña, Jefe entonces de la Campaña contra la Lepra, lo nombró Director del Dispensario Antileproso "Dr. Ladislao de la Pascua", desde 1951 Centro Dermatológico, cargo que ocupó hasta el 29 de octubre de 1982, en que la Secretaría de Salud "por su distinguida y valiosa labor durante 45 años como responsable y guía de este Centro rector de la dermatología", lo designó Director Emérito. El maestro llegó al dispensario sin interés mayor en la leprología y encontró en la lepra la razón fundamental de su existencia.

Es indudable que la Leprología mexicana debe al Prof. Latapí sus principios fundamentales, el redescubrimiento de la Lepra de Lucio, el señalar su característica fundamental: la "infiltración difusa que nunca se transforma en nódulos", su lugar en la clasificación actual y el que se le haya reconocido internacionalmente. La importancia del trabajo social, la no segregación, el manejo natural y humano de los pacientes; la definición de lo que debe entenderse como tipo, grupo, forma clínica y caso de lepra, esencial para la clasificación adecuada de los enfermos y la demostración de que el aceite de chaulmoogra no sólo no era útil sino perjudicial, en el tratamiento de la enfermedad (lo consideraba "el fraude mayor de los siglos"). Todos estos conceptos trascendieron y han formado parte del pensamiento leproológico internacional.

Aunque las ideas de los leprologos sudamericanos y muy particularmente las de los brasileños (Lauro de Souza Lima, Néstor de Souza Campos, H. Portugal...) influyeron en su pensamiento, se puede afirmar sin embargo, que su forma si no de interpretarlas, sí de exponerlas, tuvo siempre un sello personal. El maestro tuvo la rara habilidad de explicar en forma sencilla y accesible, cosas que en un momento dado parecían difíciles y complicadas. En 1944 designó indeterminados, a los casos que los sudamericanos habían denominado con menos propiedad incharacterísticos y fue él también el que utilizó por primera vez en México el promín para el tratamiento de la lepra.

Fundó en 1948 la Asociación Mexicana de Acción contra la Lepra y fue su Presidente hasta su muerte. En 1960 en justo reconocimiento a su labor en este campo, el Dr. José Álvarez Amézquita, Secretario de Salubridad, lo nombró Jefe de la Campaña contra la Lepra, cargo que desempeñó durante 3 años (1960-1962) y en ese lapso se descubrieron más casos nuevos que en los 30 años anteriores.

Destacan también sus aportaciones al mejor conocimiento del Mal del Pinto, especialmente de sus lesiones tempranas a las que denominó "pintides". En 1947 inició el tratamiento con sulfonas de los micetomas actinomicéticos, condenados hasta entonces, en la mayoría de los casos de localización podálica, a la amputación. En cuanto a la Sífilis modificó el Esquema de Morgan y fue el primero que introdujo en nuestro país la terminología de sífilis temprana y sífilis tardía. En 1946 publicó el primer caso de Amibiasis cutánea en México.

Por lo que toca a la Tuberculosis cutánea intervino en la clasificación de sus formas clínicas y en el terreno de las dermatosis reaccionales precisó el significado de los términos "eccema" y dermatitis; describió la dermatitis hipocromiante y el cuadro clínico conocido en Méxi-

co como síndrome del “jijote+ ajo+ sol= a dermatitis”; con Millán Gutiérrez la dermatitis calórica de las tortilleras y en 1956 la dermopatía en confeti provocada por la hidroquinona.

Su espíritu abierto le permitió aceptar nuevas ideas y nuevos tratamientos, cuando éstos tenían razón de ser, pero su honradez profesional le hizo rechazar todo aquello que pudiera representar un perjuicio para el paciente. Muchos de sus discípulos fuimos testigos de su lucha tenaz y decidida en contra del uso indiscriminado de medicamentos, señaló los daños causados por éstos y muy particularmente los ocasionados por los glucocorticoides: psoriasis poco extendidas que gracias a ellos se transforman en eritrodermias, dermatitis atópicas que se prolongan más allá de la adolescencia, acnés que adquieren caracteres monstrosos, cuadros a los que denominó *corticodermias*.

En 1932 le nombraron Jefe de Clínica del Prof. González Herrejón, en 1939 Profesor Titular y dos años antes de su muerte Profesor Emérito. Tenía grandes dotes para la enseñanza y le gustaba enseñar, sus clases siempre amenas, demostraban no sólo el conocimiento que tenía de la dermatología sino de la persona humana y del medio ambiente, daba su experiencia sin miedo a que otros la aprendieran, su anhelo era que los médicos supieran dermatología y que hubiera más dermatólogos en nuestro país. Insistió siempre en que debíamos conocer mejor lo mexicano, lo que se ve todos los días, antes que lo complicado o menos frecuente, que se evitara dañar al paciente con exámenes innecesarios, tratamientos complicados o costosos y uno de los aspectos en los que insistió más, fue en el estudio integral del paciente, en que debíamos interesarnos tanto o más que por la enfermedad, por la persona enferma, mucho aprendimos de él sobre el manejo de la dermatitis atópica, del vitiligo, de la sífilis, de la lepra.

Fue maestro de innumerables generaciones de médicos que no obstante el tiempo transcurrido recordaban el haber pasado por su cátedra. Conocí al maestro en 1943, cursaba la clase de Propedéutica Médica (hoy introducción a la clínica), con Don Ángel Fuertes Ramírez, quien invitaba cada año al Dr. Latapí a que explicara a sus alumnos lo referente a la piel.

Recuerdo que a todos nos agradó mucho la clase por lo sencilla, didáctica y sobre todo muy amena y comentamos que cuando llegara el momento llevaríamos esa materia, que entonces era optativa, con él; muchos de mis compañeros así lo hicieron, yo no, porque cuando lo intenté el Dr. Escalona que era el ayudante de su cátedra me comunicó que el grupo ya estaba completo, dos años después me tocó ser practicante del Servicio

de Dermatología del Hospital General del que entonces él era el Subjefe, a partir de esa fecha y hasta su muerte, tuve el privilegio de trabajar con él.

En aquel tiempo, era una persona pulcra, tenía buen gusto e incluso podemos decir que era elegante en el vestir, en los últimos años de su vida, sin que se pueda decir que era descuidado, parecía ya no darle tanta importancia a su arreglo personal.

Fundó e impulsó una verdadera Escuela Mexicana de Dermatoleprología con características propias, a su lado se formaron dermatólogos, como él decía: “hechos en México”, que trabajaron o trabajan no sólo en la mayor parte de los estados de la República sino también en el extranjero. En bien de la brevedad citaré únicamente algunos de los que por haber contribuido más a su formación, los consideraba sus discípulos, quienes tuvimos el privilegio de serlo hemos agradecido siempre sus enseñanzas y el ejemplo de su vida limpia.

Sus primeros discípulos fueron Fernando Ávila de la Gala, José Barba Rubio, Ernesto Escalona, Manuel Medina, Isabel Palomo, Silvestre Rico y posteriormente Ma. Concepción Estrada. Después, a partir de 1946 y en orden cronológico, la que esto escribe, Manuel Malacara, Pedro Lavalle, Josefa Novales, Jorge Peniche, Amado Saúl, Salvador Álvarez, Yolanda Ortiz, Ma. Elena Martínez de Escandón, Salvador Vargas, Eduardo Castro y todos los médicos que trabajan o trabajaron en el Centro Dermatológico Pascua antes de su muerte. Con ellos promovió por una parte el manejo natural e integral del enfermo de lepra y por otra la enseñanza de la leprología y la lucha contra el prejuicio.

Publicó más de 300 trabajos en revistas tanto mexicanas como extranjeras y sus aportaciones a la Dermatología mexicana son tantas, que es difícil hablar de todas, por lo que me limitaré a citar algunas de ellas.

En 1931 en Medicina revista mexicana, publica “El Mal del Pinto”, con la colaboración de su compañero de estudios y gran amigo, Rafael Morales Maruri.

Ingresó a la Academia Nacional de Medicina el 4 de enero de 1939, con el trabajo titulado “El diagnóstico temprano de la lepra”, que leyó el 29 de marzo de ese mismo año y que se publicó en la Gaceta Médica de México.

En 1941 aparece en Medicina Revista Mexicana, el estudio “Las lesiones del principio del mal del pinto. (Una nueva dermatosis)”, con la participación de Francisco León y Blanco, Profesor Agregado de Anatomía e Histología de las Universidades de La Habana, Cuba; León y Blanco fue el primero que encontró el *Treponema herrejoni* en casos mexicanos de pinto, con lo que se demostró la identidad entre la pinta cubana y el pinto mexicano.

En 1942 publica en la Gaceta Médica de México el interesante trabajo "Sífilis Adquirida en el Niño" y en 1944 también en la Gaceta el titulado "Lepra y leprosos", en el que presenta un cuadro con las "Características clínicas de las formas fundamentales", que posteriormente utilizará en la cátedra y en el que por primera vez denomina "indeterminados", a los casos que como ya se ha dicho los leprólogos sudamericanos con menos propiedad, llamaban "incaerísticos".

En 1946 la prensa médica mexicana dedica dos números, el de enero y febrero para publicar completo el artículo "Lepra", en el que el Maestro, expone con la claridad y sencillez que le caracterizaban, los conceptos fundamentales de la leprología.

En 1950 aparece en "Sinopsis", "¿La lepra en Retirada? Estado actual del problema", que alcanzó una gran difusión y que por lo mismo fue muy útil para divulgar los adelantos científicos que hasta entonces se habían alcanzado.

En 1959 publicó el artículo "Lepromatosis difusa. Aspectos Clínicos e Histopatológicos", en Minerva Dermatológica.

La Academia Nacional de Medicina en 1970 incluye en las Memorias de sus XII Jornadas Médicas Nacionales el trabajo titulado "Lepra. Coloquio", en el que participan con el maestro, Amado Saúl, Mario Salazar Mallén, Jorge Vega Núñez, Pedro Lavalle y Leonardo Zamudio.

En 1988 en el No. 1 de Acta Leprológica publica su último trabajo "Bacilloscopie par ponction-aspiration ganglionnaire. Etude de 50 patients de lèpre", con la colaboración de Philippe Caire y Octavio Flores.

Se interesó siempre por la Micología cutánea, por lo que sería una omisión imperdonable el no citar el capítulo 25 "Das Mycetom" del Handbuch der Haut de Jadassohn, en el que expone ampliamente este tema en el que era sin duda, una autoridad.

Con la colaboración del Dr. Roberto Núñez Andrade, logró que se fundara el 2 de septiembre de 1936, la Sociedad Mexicana de Dermatología con el objeto de "estudiar las enfermedades de la piel y los problemas sociales que originan, así como para divulgar estos conocimientos entre el cuerpo Médico Nacional". En muchos aspectos la agrupación tomó como modelo la organización de la Academia Nacional de Medicina, ésta tenía un Secretario Perpetuo por lo que, a propuesta de Don Manuel Cañas, los miembros de la Sociedad aceptaron que ésta también lo tuviera y que lo fuera el Dr. Latapí; años más tarde consideró conveniente cambiar el término Perpetuo por Permanente y lo fue hasta su muerte.

Hubo en algún momento socios que se pronunciaron en contra de ese cargo y como su opinión no fue acep-

tada por la mayoría, decidieron separarse y formar otra agrupación. Sin embargo, hay que reconocer que el que hubiera un Secretario Permanente, fue muy útil para la Sociedad, porque con ello se logró que conservara sus propósitos iniciales de actividad exclusivamente científica y desligada totalmente de intereses mezquinos o poco éticos.

En 1940 instituyó la Escuela Mexicana de Leprología, la que en 1951, al iniciarse la Consulta Dermatológica en el Centro Pascua, se transformó en Escuela Mexicana de Dermatoleprología.

En 1948 ya lo hemos anotado, fundó la Asociación Mexicana de Acción contra la Lepra, A.C., al principio sus objetivos fueron muy ambiciosos: ayudar en la lucha contra la lepra en todo el país, esto sólo fue posible a nivel nacional en dos aspectos: la enseñanza de la leprología y el haber contribuido con ésta a combatir el prejuicio que existía y que tal vez existe todavía en algunos ambientes.

Fundó en 1956 Dermatología. Revista mexicana, primera publicación dedicada en México exclusivamente a la especialidad, auspiciada durante 30 años, por la Asociación Mexicana de Acción contra la Lepra, y a partir de 1987, Órgano Oficial de la Sociedad Mexicana de Dermatología y de la Academia Mexicana de Dermatología.

Perteneció a muchas Sociedades Médicas tanto de México como del extranjero: Socio Numerario primero y Titular después de la Academia Nacional de Medicina, Fundador y Secretario Permanente hasta su muerte de la Sociedad Mexicana de Dermatología, Fundador y Presidente de la Asociación Mexicana de Acción contra la Lepra desde 1948 hasta 1989, Socio Fundador del Colegio Iberoamericano de Dermatología, Miembro de la Academia Española de Dermatología y Sifilografía, de la Sociedad Francesa de Dermatología...

Recibió múltiples distinciones de las cuales sólo citaré tres, las Medallas "Dr. Eduardo Liceaga", máxima preseña de la medicina mexicana y la "Gaspar Viana del Colegio Iberoamericano de Dermatología" y el Premio Damián Duton.

Algo que siempre se ha señalado es que siendo como era, una persona tan brillante, no se explica porqué no escribió un libro de dermatología, me consta que deseaba hacerlo, pero como era perfeccionista, quería que fuera diferente de los que ya existían, que tuviera un sello totalmente personal y esto considero que fue el gran impedimento.

Por otra parte, ¿por qué no fundó un Instituto Nacional de Dermatología? ¿también por el perfeccionismo?, tal vez, pero sobre todo porque no era político y porque no consideró tener a su lado, como Don Ignacio Chávez

o Don Salvador Zubirán colaboradores en los que se pudiera apoyar.

Fue muy buen hijo y muy buen esposo, tanto a él como a la Sra. Clemencia les gustaban mucho los niños, fue una pena que no tuvieran descendencia. Coherente con la formación católica que recibió en la infancia, me consta que asistía a Misa los domingos y tuve oportunidad de verlo comulgar en el funeral de uno de los empleados de la imprenta que durante muchos años le trabajó a la Sociedad Mexicana de Dermatología y a la Asociación Mexicana de Acción contra la Lepra.

Dotado de una inteligencia poco común, poseía una gran cultura, hablaba francés e inglés, el primero prácticamente sin acento, el inglés no tanto en cuanto al acento, aunque sí con fluidez y al igual que el castellano lo conocía gramaticalmente muy bien; entendía además el italiano y el portugués. Leía mucho y gracias a que las conocía, podía disfrutar las obras en su lengua original, le encantaba la música, sobre todo la música clásica y la ópera. Le gustaba mucho el teatro, pero sobre todo el cine y durante mucho tiempo asistió anualmente a la "Muestra Internacional del Cine".

Su aspecto era de una persona muy seria, incluso se ha dicho que adusto, pero tenía un gran sentido del humor, le hacían mucha gracia las ocurrencias de los niños, tanto es así, que muchas veces nos comentaba lo que alguna criatura le había dicho en el consultorio, por ejemplo, que una vez un pequeño al entrar le dijo: "Latapí enséñame tus aparatitos", porque seguramente para que aceptara ir a la consulta sus padres le habían dicho que el doctor tenía muchos, y en otra ocasión estando yo en el consultorio había un chiquito como de 3 ó 4 años correteando por la sala de espera, se detenía ante las señoras o señoritas que tenían la pierna cruzada y les decía algo que no se le entendía, en un momento dado, la nana lo reprendió, le pregunté que qué era lo que decía el niño y me contestó les dice: "chimbengüenchona" y cuando el maestro abrió la puerta le dijo: "Latapí, recétame una buena crema".

En otra ocasión una generación de pasantes de la Facultad de Medicina de la UNAM, que iban a salir a su Servicio Social le pidió que les diera algunos consejos y él accedió, recuerdo que había más de 300 muchachos. El maestro se refirió entre otras cosas a que deberían mantener siempre su autoridad ante el enfermo y cuando preguntó "¿por qué a quién no manda el médico?" se oyó una voz que desde el fondo del auditorio le contestó: "A su mujer" y a continuación el maestro dijo: "perfectamente bien contestado".

Por otra parte, afirmaba que si quien daba una clase o una conferencia no conseguía que el público se riera,

era tiempo perdido; que el médico tenía que lograr también en la consulta que el enfermo se riera o llorara, porque esto garantizaba que el paciente confiaba en él.

Cuando se disgustaba no solía levantar la voz, pero era capaz de herir a la persona a la que reprendía, sin embargo si en algún momento se percataba o se le hacía ver que había sido injusto, su nobleza le llevaba a disculparse, no así cuando alguien presentaba un trabajo no bien documentado o que falseaba conceptos que él consideraba fundamentales, en esos casos, sus comentarios eran tan incisivos que en alguna ocasión, me consta, hizo llorar al ponente.

Quienes no lo conocían suficientemente, consideraban que era una persona difícil de tratar, pero no pensaban lo mismo cuando tenían la oportunidad de conocerlo más y se daban cuenta de su gran calidad humana.

Uno de los defectos que tenía era que a veces desconfiaba de quienes por años habían trabajado con él y le habían dado siempre muestras de lealtad y en cambio creía lo que le contaban personas a las que no conocía demasiado y que en ocasiones se aprovecharon en beneficio propio, de esta debilidad del Maestro, y es que también en las relaciones humanas, como en micología, existen oportunistas.

Siempre tuvo una actitud generosa con los enfermos, recuerdo que en una ocasión una paciente de lepra, que era su comadre, porque había sido padrino de uno de sus hijos, fue a verlo al Dispensario Pascua, él ya iba saliendo cuando ella lo abordó y después de oír todas las quejas de la paciente le preguntó, "bueno ¿y qué te gustaría comer hoy?" y ella le contestó, "pues pollito doctor", el maestro, le entregó no me acuerdo cuanto y le dijo "ten para que lo compres".

La última vez que hablé con el Maestro fue el 4 de septiembre de 1989, llamó a mi casa para felicitarme por mi santo que era al día siguiente; eso me dio oportunidad de preguntarle cómo estaba de salud y algo me comentó. Me pareció prudente decirle que todos los del Pascua sentíamos mucho el no poder ir a saludarle, pero que podía estar seguro de que por nosotros no estaría solo.

El Maestro murió el 28 de octubre de 1989, a muchas personas les llamó la atención el que su deceso pasara inadvertido para los medios de comunicación, en realidad no fue así, nos consta que personal de Televisa se presentó esa noche en Gayosso de Félix Cuevas, pero respetaron el deseo de la señora Latapí, de que no se hiciera reportaje alguno.

Por otra parte, al Centro Pascua llamaron de la Presidencia de la República para que se les diera el nombre de su cónyuge, porque el Sr. Presidente, en ese tiempo el Lic. Carlos Salinas de Gortari, quería enviarle sus condolencias.

Para terminar permítanme que repita una vez más, aunque con algunas variantes, lo que expresé en el L Aniversario de su Recepción Profesional que por su intransigencia con el error y con la falta de honradez profesional, tuvo que luchar toda su vida contra la incomprensión, la envidia y el resentimiento y lo supo hacer siempre con señorío, de esto puedo dar fe, porque me tocó estar presente en momentos felices para él y en

otros de dificultad o de contradicción, en los que aprendí a tener en gran estima una virtud tan escasa en este tiempo: la lealtad; a comprender que todos si nos descuidamos, tenemos el peligro de cambiar como Esaú, la primogenitura por un plato de lentejas y por último a ser conscientes de que lo que tiene valor en la vida, sólo se consigue con esfuerzo, que es por las asperezas que se alcanzan las estrellas: *Per aspera ad astra*.